

Ciudadanías periféricas. Desigualdad, pobreza y fragmentación en los márgenes urbanos

María Cristina Bayón¹

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, las sociedades latinoamericanas han experimentado profundas transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales que han dado lugar a la emergencia de nuevas realidades que difieren, con continuidades y rupturas, del modelo anterior, articulado en torno a una industrialización por sustitución de importaciones. Los grandes centros urbanos han constituido el *locus* por excelencia de estos cambios. El proceso de mercantilización social que inspiró el neoliberalismo ha dejado su impronta en el espacio urbano. Los impactos de estos procesos en términos de fragmentación cobran fuerza cuando el análisis no sólo se limita a la estructura urbana, sino incorpora las pautas socioculturales que rigen la interacción con *el otro* y la experiencia del *lugar* en el espacio urbano, que podemos entender como sociabilidad urbana (Bayón y Saraví, 2013). La distribución de la población en el espacio, el nivel de concentración de determinados grupos en ciertas áreas de la ciudad y/o su grado de homogeneidad social dan cuenta no sólo de procesos de diferenciación, sino de las expresiones que asume la desigualdad, y tal vez de procesos de exclusión. Esto nos obliga a dirigir la mirada hacia la constitución y cristalización de ámbitos diferenciados y

¹ Doctora en sociología por la Universidad de Texas; investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

homogéneos de sociabilidad, donde los puntos de “encuentro” entre diferentes sectores sociales son cada vez más escasos.

Los estudios urbanos raramente han explorado los sentidos culturales, las identidades, los esquemas psicosociales, los discursos que guían la percepción y experiencia de lo urbano, y en particular la sociabilidad urbana. Es recién en la última década cuando se produce un cambio hacia una perspectiva más política que vincula la fragmentación urbana con la fragmentación política de la organización del espacio y la cohesión social (Deffner y Hoerning, 2011).

En la actual *era de los extremos*, el patrón emergente de organización de las diferencias sociales en el espacio urbano se caracteriza por una intensificación espacial tanto del privilegio como de la pobreza (Massey, 1996). Puesto que la pobreza se relaciona con la distribución de recursos y oportunidades, difícilmente puede ser entendida al margen de la desigualdad, la riqueza y el privilegio. La privación y el privilegio, señala Scott (1994), son términos complementarios que indican un alejamiento de los estilos de vida considerados “normales” en una sociedad particular; mientras que la privación es la condición de vida de los pobres, el privilegio constituye la condición de vida de los ricos. Ambos términos no sólo indican los extremos inferiores y superiores de la distribución del ingreso, sino condiciones sociales polarizadas, generadas por la confrontación entre la esfera pública de la ciudadanía y el modo de operar de la economía (Scott, 1994).

Estas condiciones sociales polarizadas tienen dimensiones materiales, espaciales y simbólicas cuyas relaciones e implicaciones para la convivencia social deben ser investigadas. Además de preguntarnos por las condiciones de vida de los sectores más desfavorecidos y medir sus carencias, necesitamos conocer los modos particulares en que se experimentan y problematizan estas condiciones. Una comprensión sociológica exige desenmascarar

el efecto de naturalización que subyace a las jerarquías y distancias sociales, mediante el cual, como señala Bourdieu (1999), las diferencias producidas por la lógica histórica parecen surgidas de la naturaleza de las cosas. Así, la injusticia se mantiene por un conjunto de creencias que la extienden y reproducen, haciendo aparecer como “naturales” las concepciones construidas socialmente.

La pobreza no es una situación estática limitada a la carencia de ingresos —u otro tipo de recursos— en un momento particular, sino un proceso, una trayectoria marcada por rupturas, desfases e interrupciones, por desventajas que se acumulan durante la experiencia biográfica, lo que nos conduce a interrogarnos sobre la noción misma de pobreza, sus aspectos materiales y simbólicos, sus espacios y lugares.² La exclusión social constituye una acumulación de procesos confluyentes con rupturas sucesivas, que arrancando del corazón de la economía, la política y la sociedad

² La *dimensión material* está ligada a carencias en los medios de subsistencia que conducen a circuitos de privación o empobrecedores relacionados con la precariedad ocupacional y con otras dimensiones de la vida económica y social (orígenes familiares, baja o deficiente escolarización y formación profesional, ausencia de empleo, trabajo precario o estacional, alimentación deficiente, bajos ingresos, vivienda insalubre o en mal estado, mala salud y enfermedades crónicas o repetitivas, falta de prestaciones sociales, dificultades de acceso a los servicios públicos, etc.), lo que hace a ciertos grupos más vulnerables a experimentar procesos de exclusión social (Estivill, 2003). La *dimensión biográfica* permite dar cuenta del carácter dinámico de la pobreza y de procesos de acumulación de desventajas durante la experiencia biográfica, explorando la articulación entre historia y biografía, entre las dimensiones materiales y simbólicas, entre las historias vividas y las historias contadas. La *dimensión espacial* nos remite a la geografía de la pobreza, a la concentración de desventajas en espacios de relegación y los obstáculos crecientes y acumulativos que enfrentan los residentes de áreas de pobreza homogénea para superar su situación de privación. La *dimensión simbólica* se orienta a explorar los diversos significados que se construyen para interpretar la propia experiencia de vida o para crear fronteras simbólicas o morales entre *nosotros* y *los otros* (Charles, 2008), procurando trascender los estereotipos y estigmas que alimentó el concepto de *la cultura de la pobreza*, desarrollado por Lewis en 1970.

van alejando e “inferiorizando” a personas, grupos, comunidades y territorios respecto a los centros de poder, los recursos y los valores dominantes (Estivill, 2003).

En este texto se analizan las relaciones entre desigualdad, pobreza y fragmentación social, explorando sus implicaciones en términos de ciudadanía y calidad de la vida urbana. La pregunta por la ciudadanía nos remite a la pertenencia social y la calidad de esta pertenencia, donde la dimensión espacial adquiere una relevancia particular. Las experiencias *de* y *en* la ciudad nos hablan de integraciones y exclusiones, y de las expresiones que adquieren. No sólo la geografía de la desigualdad se ha modificado en las últimas décadas; la experiencia de *la ciudad* (o de vivir *en* la ciudad) también evidencia profundas rupturas y abismales brechas entre privilegiados y desfavorecidos.

Los hallazgos y las reflexiones que se presentan aquí se inscriben en una investigación de mayor alcance orientada a comprender la pobreza y la desigualdad urbanas desde una perspectiva sociológica, analizando los vínculos entre las dimensiones materiales, simbólicas, espaciales y relacionales.³ El análisis empírico se sustenta en mi trabajo etnográfico realizado en Chimalhuacán, un municipio de alta concentración de pobreza ubicado en el oriente de la zona metropolitana de la Ciudad de México, donde, mediante entrevistas en profundidad con residentes del lugar y actores locales, se exploraron, entre otros aspectos, sus trayectorias biográficas, experiencias y representaciones del lugar, la pobreza y la desigualdad.⁴

³ Para un análisis más profundo y extenso de dicha investigación, tanto en términos teóricos como empíricos, véase Bayón, *La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*, UNAM-IIS/Bonilla Artigas Editores.

⁴ Se realizaron 36 entrevistas: 31 con residentes de Chimalhuacán y cinco con actores locales. En las entrevistas con los residentes se indagó sobre dos dimensiones claves: trayectorias y percepciones. En relación a las trayectorias se

CIUDADANÍA Y ESPACIO PÚBLICO EN LA CIUDAD
FRAGMENTADA

En la Ciudad de México, con una población cercana a los veinte millones de personas, si bien las marcadas desigualdades socioeconómicas entre clases son un fenómeno persistente y característico de la trayectoria del país, las brechas sociales se han agudizado y son cada vez más evidentes (Bayón, 2009). Esto ha conducido a nuevos patrones de urbanización que se expresan en una ciudad de profundos contrastes: a la par de la gentrificación en las zonas centrales y la emergencia de nuevas áreas residenciales de alta exclusividad, centros comerciales, restaurantes y tiendas de lujo, se expanden las periferias urbanas, las áreas de concentración de la pobreza crecen y se densifican, se privatizan y generalizan los grandes complejos de vivienda social, cada vez más alejados.

El oriente sigue siendo el área de mayor concentración de la pobreza en la zona metropolitana de la ciudad, pero la periferia se ha extendido. Por una parte, a través de los fraccionamientos informales y de los tradicionales procesos de autoconstrucción de vivienda, como en el caso de Chimalhuacán. Por la otra, debido a los nuevos complejos de vivienda de interés social promovidos

preguntó acerca del hogar de origen, las trayectorias educativas, laborales, familiares y residenciales. Respecto a las percepciones, las preguntas se centraron en el barrio o colonia, los significados atribuidos a la pobreza y la desigualdad, la valoración del trabajo y la educación, y las expectativas de mejoramiento futuro. En relación al barrio se indagaron numerosas dimensiones de la experiencia del lugar: percepciones propias y de *los de afuera*, los cambios experimentados en la colonia desde su llegada, las relaciones con los vecinos, las redes sociales y las fuentes de apoyo, la inseguridad y violencia, el acceso a servicios, y el uso del tiempo libre. Las entrevistas con los actores locales estuvieron básicamente orientadas a obtener información acerca de sus percepciones sobre la zona, los cambios experimentados en los últimos años y la visión que “desde fuera” se tiene del lugar, para contrastarlas con las percepciones de los residentes. Entre los actores locales se entrevistó a directores de escuelas primarias y centros de desarrollo comunitario, y a un funcionario municipal del área de cultura.

de manera exacerbada a partir de los años noventa. Las reformas neoliberales en la política de vivienda transformaron al Estado en una simple instancia de financiamiento de créditos hipotecarios individuales, cediendo el control de todo el proceso de construcción de vivienda de interés social al sector inmobiliario privado (apoyado por capital financiero internacional), desde la localización hasta la promoción, construcción y venta (Puebla, 2002).

Al mismo tiempo, otros procesos menos visibles han contribuido a la fragmentación urbana. La interacción social entre las clases privilegiadas y los sectores populares es inusual, débil y controlada, evitando —e incluso negando— el encuentro con el *otro* en los espacios públicos. La sociabilidad urbana contemporánea está dominada por la desconfianza, la estigmatización y el miedo; por la criminalidad urbana y los procesos de “segurización”; por un uso y significación del espacio urbano diferenciados, y por un creciente aislamiento de los sectores privilegiados, paralelo al aislamiento de los más pobres.

En este contexto, se experimenta un creciente debilitamiento del espacio público, entendido como un espacio de encuentro entre diferentes, de ejercicio de la sociabilidad urbana. Las urbanizaciones cerradas han privatizado el espacio público, dejándolo dentro de sus murallas, pero también han contribuido a esto las grandes inversiones inmobiliarias, principalmente a través de “megaproyectos terciarios, sobre todo los centros comerciales y corporativos, [que] han interiorizado, privatizado y elitizado la calle y la plaza, la han aislado y segregado de la vieja trama urbana, convertida en el espacio propio del automóvil que domina sobre el peatón y lo desaloja” (Pradilla, 2005: 96).

Las representaciones sociales y las experiencias, como señalan Dubet y Martuccelli (2000), no pueden separarse de los mecanismos societarios que las generan. La reemergencia, en el escenario neoliberal, de un discurso criminalizador y culpabilizador de

la pobreza, ha ido acompañada de la densificación espacial de desventajas en ciertas áreas de las ciudades, a la par de una fuerte estigmatización de las periferias más desfavorecidas y sus residentes. Junto a un ensanchamiento de las brechas sociales, este discurso exagera los prejuicios y estereotipos que alimentan el temor y el desprecio de las clases privilegiadas hacia los sectores pobres, erosionando las bases de la solidaridad y la convivencia social. La pobreza deja de ser un problema estructural para constituirse en un problema de moral individual (Bayón, 2015).

Durante los años sesenta y setenta, en un contexto donde la pobreza tenía un carácter más integrado, los estudios sobre la vida de los pobres en las ciudades latinoamericanas se caracterizaron por una visión un poco *romantizada*, que destacaba su capacidad de “adaptación” (casi inagotable) a la precariedad gracias a sus redes de reciprocidad y su creatividad para “inventar” trabajo. Un contexto dominado por la industrialización, donde el rol del Estado y el mercado interno eran ejes clave, junto a un rápido proceso de urbanización y un mercado de trabajo dinámico, contribuyó a desarrollar estrategias de supervivencia entre los pobres urbanos y alimentó las expectativas de movilidad social. El debate teórico sobre la marginalidad se dio precisamente en este contexto. Los cambios en la estrategia de desarrollo y las profundas transformaciones experimentadas en el escenario socioeconómico a partir de los años ochenta fueron generando un contexto más hostil para los pobres urbanos. Los enclaves de pobreza urbana fueron dejando de ser lugares transitorios en el proceso de movilidad ascendente de las clases trabajadoras para convertirse en espacios de supervivencia (Auyero, 2001) o islas de precariedad (Janoschka, 2002).

En este contexto se fue evidenciando la consolidación espacial de un patrón de integración marcadamente desfavorable, que se expresa en la experiencia de estar “fuera” de la ciudad. Las brechas

en la provisión de servicios entre las diversas áreas de la ciudad son cada vez profundas; los modos de vida urbanos y urbanizados no sólo son experiencias “diferentes” de la ciudad, sino expresiones de una fuerte fragmentación y desigualdad.

En los años sesenta y setenta, los *marginales* eran quienes estaban “fuera” de la cultura y las instituciones dominantes, y su incorporación dependía del mayor acceso a la educación, a servicios de salud, y a la normalización de su situación de vivienda. Si bien dicho acceso se amplió, paralelamente se fueron profundizando las brechas sociales, y la calidad de los servicios —no simplemente el acceso— pasó a ser determinante en las posibilidades de acceder a mejores niveles de vida. Las familias más acomodadas recurrieron de manera creciente a servicios de salud y a escuelas privadas, y se recluyeron en comunidades cerradas, lo que no sólo redujo los espacios de encuentro entre diferentes clases sociales, sino que debilitó las posibilidades de coaliciones políticas a favor de incrementar el gasto y la calidad de los servicios públicos; los sectores más ricos tendieron a monopolizar el acceso a la educación y a los cada vez más escasos empleos de calidad (Roberts y Woods, 2005). Las expectativas de movilidad social de los sectores más desfavorecidos, centradas en el empleo, comenzaron a debilitarse, desalentando aspiraciones educativas y de mejora en otros aspectos.

Se trató de una democratización segregadora (Dubet, 2001). Así, si bien el mayor acceso a servicios, como la educación, hicieron que dejara de constituir un bien “raro”, se volvió mucho más jerarquizada. Las barreras para el acceso fueron sustituidas por niveles, calidades y redes sociales diferenciadas que favorecieron el acaparamiento de las mejores oportunidades por los sectores privilegiados (Dubet, 2001). Se produjo de manera progresiva una institucionalización de los pobres como “ciudadanos de segunda”, con acceso a servicios públicos de muy baja calidad

destinados *sólo* a ellos (Roberts, 2004). En este contexto, más que en términos de dentro-fuera, la clave de los procesos de exclusión social debe buscarse en los *términos de la incorporación* de vastos sectores sociales, en sus patrones de integración, que dan lugar a una *inclusión desfavorable*, a una ciudadanía de *segunda clase* (Faria, 1994; Sen, 2000; Roberts, 2004). Esta inclusión desfavorable involucra, sin duda, al espacio urbano y la “calidad” de la ciudad a la que se accede, o, en otros términos, al “lugar de los pobres” en la ciudad (Bayón, 2012)

LA GEOGRAFÍA DE LA POBREZA METROPOLITANA

Chimalhuacán es un municipio ubicado al oriente de la ciudad de México, a unos treinta kilómetros del centro (Zócalo) de la Ciudad de México, con una alta y persistente concentración de desventajas. Se encuentra entre las localidades urbanas que han experimentado un mayor crecimiento poblacional en los últimos años, siendo el principal factor de atracción la disponibilidad de terrenos baratos, situados en asentamientos informales, de suelos salitrosos, escasa permeabilidad y susceptibles de inundaciones. Las oportunidades de empleo a nivel local son muy limitadas, por lo que los residentes de estas “ciudades dormitorio” suelen recorrer largas distancias para trasladarse a sus trabajos, en general, muy precarios y mal pagados.⁵

⁵ Mientras que para el conjunto de las jurisdicciones metropolitanas de la Ciudad de México tres cuartas partes de la población ocupada trabaja en la jurisdicción en que reside o en una adyacente, en los municipios de la periferia popular de desarrollo informal, como Chimalhuacán, esta proporción se reduce a dos terceras partes; en 2000, 42.9% de los hogares de la zona metropolitana se ubicaba en el estrato de ingresos más bajos (hasta tres salarios mínimos), porcentaje que se reducía a 28.8% en las jurisdicciones centrales y se elevaba a 61.3% en las áreas periféricas informales (Duhau, 2003).

La supresión progresiva de subsidios y las políticas de libre mercado aplicadas desde los años ochenta, que involucraron al mercado inmobiliario, a la par de una política de profundo deterioro salarial que persiste hasta la actualidad —que ha impactado con más fuerza a los trabajadores menos calificados—, fue empujando a los sectores más pobres hacia la periferia por la disponibilidad de viviendas más baratas, sobre todo en fraccionamientos ilegales en terrenos de propiedad ejidal. No se trató de un desplazamiento forzado de los pobres, sino de estrategias de mercado con efectos tan extremos como las expulsiones (Hiernaux, 1999).

Hacia el oriente de la ciudad, donde se concentra casi la mitad de la población metropolitana, se extiende una amplia franja integrada por delegaciones y municipios en los que residen los sectores de menores ingresos. En esa área, los diversos indicadores sobre las condiciones de vida muestran los mayores niveles de pobreza, rezagos, carencias y vulnerabilidad social, según datos del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval, 2010).⁶ En la zona oriente, los municipios más desfavorecidos (con excepción de Iztapalapa, Tláhuac y Milpa Alta) pertenecen al estado de México, donde se ubica 75% de las áreas geoestadísticas básicas (AGEB) de la zona metropolitana con mayores carencias (OCDE, 2004: 54). La migración intrametropolitana de los sectores de bajos ingresos desde la Ciudad de México hacia los municipios conurbados del estado de México muestra una tendencia ascendente, que estaría indicando que el proceso de homogeneización de la pobreza en esta zona continuará agudizándose.⁷ En el oriente, los municipios con mayores

⁶ Para un análisis más detallado, véase Bayón (2015).

⁷ Se prevé que el componente de la zona metropolitana de la Ciudad de México que no corresponde al Distrito Federal incrementará su participación en la población regional de 51.9% en 2000 a 55.3% en 2010 y 56.2% en 2020 (OCDE, 2004). Arriagada y Rodríguez (2003) destacan que la alta correlación entre la selectividad educativa de los flujos migratorios intrametropolitanos y su destino

rezagos y carencias (como Atenco, Chimalhuacán y Valle de Chalco Solidaridad) se caracterizan no sólo por una fuerte concentración de desventajas, sino por su persistencia. A diferencia de los procesos previos de consolidación urbana de localidades periféricas populares (como Nezahualcóyotl e Iztapalapa), que experimentaron intensos procesos de urbanización en los años cincuenta y sesenta, en el escenario actual, la consolidación en los municipios más desfavorecidos parece ser mucho más lenta. Rubalcava y Schteingart (2012) llaman la atención sobre la permanencia de estos tres municipios en el estrato muy bajo entre 1990 y 2000, lo que indica escasas mejoras en el hábitat urbano. Al respecto, el caso de Chimalhuacán es paradigmático, ya que ha permanecido en dicho estrato desde 1960, cuando se incorporó a la zona metropolitana de la Ciudad de México. Este municipio evidencia un alto predominio de las AGEB de estrato muy bajo, con sólo algunas de estrato bajo y alejadas de otras en mejor situación (Rubalcava y Schteingart, 2012).

La trayectoria de Chimalhuacán en el contexto metropolitano no parece responder al ciclo socio-espacial típico de las colonias populares que se inicia, según Duhau y Giglia (2008: 179), en condiciones de gran precariedad, albergando a una población ma-

tiende a profundizar la segregación residencial socioeconómica. La diferencia entre la escolaridad de los inmigrantes y los emigrantes intrametropolitanos en la zona metropolitana de la Ciudad de México evidencia el aumento de las comunas perdedoras netas de recursos humanos. Mientras que las localidades con mayores niveles educativos —como las delegaciones Benito Juárez, Coyoacán y Miguel Hidalgo— son las que registran mayores ganancias de capital humano por migración, en las comunas más pobres y de menores niveles educativos se observa la tendencia opuesta. Así, por ejemplo, quienes migran a los municipios más pobres (como Chimalhuacán) desde municipios vecinos (Iztapalapa, Nezahualcóyotl, La Paz, Iztacalco) poseen menos años promedio de educación que los no migrantes, mientras que quienes emigran de Chimalhuacán son precisamente quienes poseen en promedio mayores niveles educativos que sus residentes (Arriagada y Rodríguez, 2003).

yoritariamente pobre (estrato socio-espacial muy bajo), y culmina en la mayoría de los casos en el estrato medio-bajo, contando con grados significativos de consolidación urbana y una composición social mucho más heterogénea que las correspondientes a la etapa de formación del asentamiento (como en Iztapalapa, Nezahualcóyotl y Ecatepec). Su persistencia en el estrato muy bajo pareciera evidenciar la presencia de dinámicas urbanas más excluyentes que en el pasado en las periferias donde se concentran los sectores más desfavorecidos. El marcado crecimiento de la población residente en áreas con grandes carencias —en términos de infraestructura urbana, calidad del suelo, acceso y calidad de servicios y oportunidades laborales a nivel local— pareciera indicar que la forma dominante de integración de las clases populares a la ciudad, las colonias de autoconstrucción, está perdiendo, o al menos reduciendo, su capacidad integradora (Duhau, 2008).

Congruente con lo observado en otras áreas urbanas, en la Ciudad de México, de manera creciente, los pobres viven e interactúan con otros pobres en amplios *clusters* de pobreza, donde las desventajas asociadas a situaciones de privación —bajos niveles educativos, precariedad laboral, desempleo, deficientes condiciones de vivienda e infraestructura, etc.— son más concentradas y extensivas, por lo que las oportunidades de escapar de dichas situaciones disminuyen. Cuanto mayor es el tamaño de las áreas homogéneas en pobreza, los problemas urbanos y sociales se agravan para sus residentes, aumentando la malignidad y las consecuencias perjudiciales de la segregación espacial para los pobres (Power, 2000; Sabbatini *et al.*, 2001).

LA EXPERIENCIA URBANA EN LAS PERIFERIAS
LEJANAS

Para los residentes de estas áreas, *la ciudad* —calles pavimentadas, infraestructura urbana, escuelas y hospitales, parques y centros comerciales— *está allá, en el Distrito*. Chimalhuacán es la ciudad que nunca llega, la ciudad pendiente, en la que según expresan sus residentes “con el tiempo, todo va a ser más normal”. Mientras tanto, el rezago persiste, y “el polvo en los zapatos” —siete de cada diez calles no están pavimentadas— es vivido como la “marca” de la lejanía de “la verdadera ciudad”.

Las oportunidades laborales a nivel local son escasas, informales y de muy bajos ingresos, centradas en el comercio (en tianguis y mercados públicos), talleres o maquilas familiares (básicamente de ropa) y la construcción. La inserción laboral para quienes trabajan “fuera” del municipio, aunque más heterogénea y con ingresos un poco más altos a medida que se acercan al centro, es sumamente precaria, y en los peldaños más bajos de la estructura ocupacional urbana (servicio doméstico, limpieza, obreros no calificados, albañiles, etcétera).

En las localidades periféricas de desarrollo informal, la disponibilidad y calidad de servicios e infraestructura urbana no sólo son limitadas y precarias, sino que el acceso es lento y muy costoso. La adquisición de terrenos, así como la provisión de servicios públicos, como agua, drenaje, luz, pavimentación, e incluso las escuelas y el sistema de transporte público, han estado históricamente ligados a prácticas clientelares y a los cacicazgos políticos que tienen el “control” (casi absoluto) de la zona. La localidad estudiada es el único municipio del área metropolitana que nunca ha experimentado alternancia política. Gobernado de manera ininterrumpida por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) desde 1940, ha sido botín político de grupos caciquiles ligados a

ese partido que incluso han llegado a enfrentamientos armados para imponer a sus propios candidatos.⁸

La infraestructura urbana básica es insuficiente y deficiente. En el sistema de transporte público, por ejemplo, estas carencias se evidencian en los frecuentes accidentes provocados por autobuses en estado precario —conocidos como *chimecos*— conducidos por choferes muy jóvenes que circulan a altas velocidades por calles en donde los semáforos no abundan. A esto se suman los numerosos “bicitaxis” y “mototaxis”, que constituyen una alternativa, también informal y de bajo costo, para trasladarse en distancias cortas. Los carros tirados por burros o caballos para la recolección de basura son parte del paisaje urbano, así como las montañas de escombros y basura en las calles.

Las casas, en permanente construcción, junto a la ausencia de árboles y espacios verdes, hacen del gris la tonalidad predominante en el lugar. Las limitaciones en la provisión de servicios públicos de salud se traducen en la proliferación de farmacias de medicamentos similares, consultorios y clínicas privadas, escasamente reguladas y con dudosos estándares de calidad e higiene. La principal actividad económica a nivel local es el comercio informal —como lo evidencian los numerosos tianguis y mercados públicos que atraviesan las calles del municipio y los pequeños talleres de maquila de ropa.

⁸ El conflicto más conocido por su impacto mediático, aunque ciertamente no el único, ocurrió en 2000 y fue protagonizado por *la Loba* —apodo de la líder de uno de estos grupos caciquiles—. En dicha ocasión, ante la inconformidad por los resultados de la elección del alcalde municipal, dos agrupaciones —ambas pertenecientes al PRI— se enfrentaron con armas de fuego, piedras y palos; murieron diez personas y más de treinta resultaron heridas. *La Loba*, del grupo perdedor de las elecciones, fue culpada por el enfrentamiento y sentenciada a cincuenta años de prisión. Desde 2000, todos los presidentes municipales han sido miembros de la agrupación priista triunfante, Antorcha Campesina.

Mientras que el “distrito” (en referencia al Distrito Federal) emerge en las narrativas como la verdadera “ciudad” (con más y mejores hospitales, escuelas e infraestructura urbana), las áreas conurbadas más distantes, el “estado” (en referencia al estado de México), donde se localiza Chimalhuacán, son percibidas como una “de segunda” o como una “no ciudad”, con malas escuelas y hospitales, falta de pavimentación y alumbrado, tierra, polvo y mucha basura en las calles. El “distrito” se asocia con *cercanía* al centro, donde “todo es mejor”, más “civilizado”. En contraste, el propio lugar de residencia “está lejos, hay mucho polvo, faltan muchas cosas, y está bien feo”. Los relatos evidencian la consolidación espacial de un patrón de integración marcadamente desfavorable que se expresa en la experiencia de estar “fuera” de la ciudad. Las brechas en la provisión de servicios entre las diversas áreas de la ciudad son cada vez profundas; los modos de vida urbanos y urbanizados no sólo son experiencias “diferentes” de la ciudad, sino expresiones de una fragmentación y desigualdad extremas.

La acción colectiva, aunque esporádica, no es inexistente, pero suele estar impregnada de prácticas patrimonialistas que obstaculizan o bloquean la emergencia de formas de organización autónoma entre los vecinos. Las relaciones clientelares —mediante las cuales las élites políticas y las masas intercambian de manera personalizada favores, bienes y servicios por apoyo político y votos— son uno de los mecanismos fundamentales con que cuentan los pobres para satisfacer sus necesidades más básicas. En el intercambio clientelar no hay derechos, sino favores y subordinación política a cambio de recompensas materiales; no hay ciudadanos ni obligaciones públicas (Auyero, 2001a).

El acceso a los servicios más básicos (como agua, luz, pavimentación o drenaje) requiere del “apoyo” de los vecinos: desde trabajo y dinero hasta la asistencia a una marcha, o el voto por el candidato en turno. El Estado (en cualquiera de sus niveles) no se

percibe como el responsable de distribuir bienes ni de garantizar el acceso a servicios. La responsabilidad de dicha distribución es personalizada en el referente del partido en la comunidad, en el caudillo local o en el candidato en turno.

En este contexto, la conciencia de derechos ciudadanos se corroe y el reclamo por su cumplimiento se debilita. Estas prácticas están “naturalizadas” en la comunidad, y aun cuando se ejerza un cierto distanciamiento al respecto, son percibidas como la (única) forma de acceder a los servicios más básicos. La provisión de servicios emerge, así, como un “favor” de los cacicazgos locales, “propietarios” del territorio y de extensas e intrincadas redes clientelares —que abarcan desde los terrenos a las escuelas y el transporte público, el comercio ambulante, el agua, el drenaje y el pavimento— en las que los residentes deben involucrarse so pena de quedarse sin el servicio. Asistir a una marcha para que les coloquen el drenaje; dar el “voto” para que se pavimente la calle; ir al acto del “candidato” para que “les” instalen el agua. En suma, en estos espacios no hay ciudadanos ni derechos, sino individuos, familias y hogares con profundas privaciones que intentan —aunque muchas veces sin éxito— resolver sus problemas cotidianos a través de estas redes clientelares.

EXPERIENCIAS BIOGRÁFICAS, INSTITUCIONES Y CIUDADANÍA

El rol de las instituciones públicas en las formas que adquiere la “integración” (desfavorable) de los pobres evidencia el rol clave del Estado al generar, institucionalizar y reproducir la pobreza (a través servicios públicos de pésima calidad o de políticas que segregan a los pobres en periferias cada vez más lejanas y precarias). En estos espacios, los derechos de ciudadanía desaparecen frente a una desigualdad naturalizada y una precariedad normalizada; la

conciencia de derechos se desvanece ante un Estado sin capacidad ni voluntad política por garantizarlos.

Los procesos a través de los cuales el Estado, la familia y el mercado —en tanto que estructuras de oportunidades y sistemas de recursos— generan desigualdades entre grupos e individuos y estratifican el curso de vida resultan clave para entender que la pobreza y la exclusión no son el resultado de una trayectoria biográfica “desviada”, sino de la interacción de dichas instituciones sociales (Dewilde, 2003). Las desigualdades iniciales, combinadas con la estructura de oportunidades y las circunstancias históricas, afectan la habilidad de los individuos para acumular recursos; así, la posición de los individuos en los diversos dominios de la vida no sólo depende de sus posiciones anteriores, sino que afecta sus oportunidades futuras.

La experiencia escolar es una de las dimensiones de la trayectoria biográfica que evidencian con mayor contundencia los procesos a través de los cuales las ventajas y desventajas se acumulan y las desigualdades se multiplican. El ambiente y la dinámica familiar, el clima educativo del hogar, las concepciones de género, las dificultades económicas, el barrio, los grupos de pares, la distancia, la infraestructura escolar, los maestros, la desorientación, el desánimo y la frustración, son algunos de los múltiples elementos que moldean y marcan la experiencia de la escuela de los residentes en estas áreas segregadas.

La relación entre pobreza y bajos logros escolares es parte de un ciclo mayor en el que las desventajas familiares son transmitidas de una generación a la siguiente. Los bajos ingresos en la vida adulta se asocian con indicadores de pobreza durante la infancia, pobre desempeño escolar y escaso capital cultural de los padres para estimular a sus hijos a permanecer en el sistema escolar (Hobcraft, 1998; Jones, 2002; Hirsch, 2007).

Sin duda, el mapa escolar registra las desigualdades sociales, cuyas restricciones son más rígidas para los pobres. Como señala Dubet (2005), los más desfavorecidos suelen ser relegados a “guetos”, donde la concentración de alumnos con un deficiente desempeño escolar debilita aún más el nivel general y reduce las oportunidades, incluso de los buenos alumnos. En términos muy simples: un alumno de origen favorecido tiene más oportunidades de ser buen alumno y de tener acceso a una enseñanza de buena calidad (Dubet, 2005). En este contexto, el mérito en la escuela se constituye en una especie de ficción, que consiste en hacer *como si* los resultados escolares de los alumnos fueran la consecuencia directa de su trabajo, esfuerzo y atención.

Nuevamente, no es sólo un problema de acceso, sino de las condiciones altamente desfavorables que lo caracterizan en los sectores más desfavorecidos. Así, el conflicto entre un discurso social dominante que enfatiza el valor de la educación como motor de movilidad social y la experiencia cotidiana de una escuela carente de significados y propuestas conduce una suerte de “individualización” del fracaso en los jóvenes de los sectores de menores ingresos. Sus experiencias escolares suelen asociarse al desdén de los maestros y el escaso estímulo que reciben en sus procesos de aprendizaje, como resultado de concepciones sumamente estrechas y limitadas sobre quiénes son y qué son capaces de lograr a futuro (Pereira Leao, 2006; Luttrell, 1997). Se va construyendo así entre los jóvenes de los sectores más desfavorecidos una suerte de autoculpabilización frente al abandono escolar, que se atribuye a “no ser buen estudiante”, “ser flojo”, “burro” o “echar relajo”.⁹

⁹ Si bien existe una creencia compartida de la importancia de la escuela, las expectativas depositadas en la misma en quienes pertenecen a sectores desfavorecidos y privilegiados son contrastantes y reveladoras de la profunda inequidad en la distribución de sus beneficios. En Gran Bretaña, Horgan (2007) observa que,

Asimismo, la escasa capacidad de la escuela para retener a estos jóvenes, con el aburrimiento como elemento central de su experiencia escolar, especialmente en el nivel secundario, que es un periodo clave para la continuidad o el abandono de la escuela. En su trabajo sobre las transiciones de jóvenes de sectores populares en el oriente de la Ciudad de México, Saraví (2009) destaca que la dimensión simbólica del aburrimiento contribuye a explicar la pérdida de centralidad de la escuela en sus experiencias de vida y expresa una percepción del sinsentido de la educación para ellos.

La postergación que supone la educación entra en conflicto con la inmediatez permanente en la que viven los sectores más pobres; hay una falta de confianza en lo que la educación efectivamente provee frente a la multiplicación de necesidades inmediatas. Además de las necesidades materiales que obligan a abandonar de manera temprana la escuela, las oportunidades laborales en el corto plazo —aunque altamente precarias y de muy bajos ingresos— suelen ser más atractivas que la vaga promesa de un mejor trabajo en un futuro incierto (Jones, 2002). Para los jóvenes de sectores populares urbanos, en contraste con otros espacios de integración, como el trabajo, la familia y la migración, la escuela supone una ruta riesgosa y poco conocida. La temprana incorporación al mercado de trabajo —en particular en los años de la educación secundaria— suele ser socialmente aceptada y positivamente valorada. Esto se traduce en una creciente prioridad del trabajo sobre la escuela entre los propios jóvenes y en una actitud dubitativa de los padres acerca del valor y la conveniencia de una u otra alternativa (Saraví, 2009).

entre los niños provenientes de hogares acomodados, la educación se visualiza como un modo de “garantizar un buen nivel de vida” a futuro, mientras que para los más pobres representa una manera de “evitar problemas” a futuro. Los más desfavorecidos tienden a sentir una falta de control y menor involucramiento en su proceso de aprendizaje; es decir, se sienten impotentes como estudiantes, lo que afecta sus resultados (Horgan, 2007).

La dimensión de género emerge con particular relevancia en los relatos sobre la experiencia escolar y laboral de las mujeres, evidenciando una fuerte internalización de concepciones tradicionales y autoritarias sobre los roles de género. Ser pobre y ser mujer parece conducir a un destino de subordinación, aislamiento y reclusión en el hogar, según el cual *su lugar* es la casa. “¿Para qué estudiar si eres mujer? ¿Para qué trabajar si eres madre?” se constituyen en sentencias tempranas de encierro en el hogar. Las menores oportunidades educativas, la alta precariedad y el maltrato de que son objeto en sus empleos, la escasa autonomía que se expresa en los “permisos” que muchas deben solicitar a sus padres y esposos (para salir a la calle, para trabajar, etc.) constituyen un destino de encierro del que no resulta fácil escapar. Los permisos constituyen una forma de ejercicio del poder masculino mediante el control de la libertad de movimiento de las mujeres (García y Oliveira, 2006). Como señalan estas autoras, los espacios familiares más restrictivos para las mujeres son aquellos donde los niveles socioeconómicos son más bajos, por lo que a las privaciones materiales se añade la falta de posibilidades para controlar aspectos importantes de la vida personal y familiar, o, en otros términos, la condición de subordinación (García y Oliveira, 2006). El abandono escolar temprano, particularmente entre las mujeres, acelera sus transiciones en la esfera doméstica; así, quienes dejan la escuela alrededor de los 16 años, sin calificación alguna, tienen muy limitadas y precarias oportunidades de empleo, por lo que “optan” por la ruta alternativa de la maternidad (Bynner *et al.*, 2002). En los sectores populares urbanos la unión conyugal temprana continúa gozando de una amplia aceptación social, por encima incluso de la continuidad en la escuela; la familia constituye para las mujeres pobres una vía más conocida que la permanencia en el sistema escolar.¹⁰

¹⁰ En México, entre las jóvenes urbanas de 15 a 19 años, una de cada cinco que no completó 12 años de educación o que tiene un rezago educativo importante

Las trayectorias laborales muestran carreras signadas por una persistente precariedad, donde los trabajos desempeñados distan de representar una actividad enriquecedora y potencialmente integradora. En este contexto, no sorprende el predominio de una visión instrumental del trabajo, limitado a la generación de ingresos, frecuente entre los trabajadores de bajos niveles educativos y ocupados en empleos de baja calificación, precarios y con escasas oportunidades de mejoramiento (Charles y James, 2003).

El mercado de trabajo no permite escapar de la pobreza a los trabajadores menos calificados, sino más bien reproducirla, sobre todo en un contexto en donde la recuperación salarial y la calidad del empleo han desaparecido de la agenda política desde hace de más de tres décadas. Para los trabajadores pobres, el trabajo no se asocia con una “vida digna”, lo que revela su escaso potencial para garantizar bienestar y participación como miembros plenos de una comunidad (Bayón, 2009). Es decir, no son pobres porque “no trabajan”, sino precisamente porque lo hacen, en condiciones muy precarias y a cambio de salarios muy bajos. Frases como “buscando la manera”, “haciéndole la lucha” o “poniéndose abusado” son reveladoras de una actitud de “entrarle a todo” de los pobres urbanos, para quienes el trabajo no constituye un fin en sí mismo, sino un medio de sobrevivencia para poder proveer a la familia con los recursos necesarios para subsistir decentemente (Selby *et al.*, 1994).

La informalidad que impregna las diversas actividades que se desarrollan de manera cotidiana y las redes locales más próximas —principales fuentes de empleo y de información sobre empleos

está unida conyugalmente y tiene al menos un hijo, porcentaje que se reduce a menos de 3% entre las jóvenes con mayores niveles educativos. Entre los jóvenes que presentan desventajas iniciales o previas (bajos niveles educativos, pertenecer a los segmentos más bajos de la estructura social y experimentar una atmósfera familiar hostil) se observa una tendencia a que las transiciones familiares y residenciales ocurran a edades tempranas (Saraví, 2009).

disponibles— desdibujan las fronteras entre el empleo y el desempleo. La redundancia y homogeneidad de las redes, formadas en general por familiares, amigos y vecinos, capaces de proveer empleos eventuales de manera casi permanente, si bien “amortiguan” y “protegen” ante la falta de “buenos” trabajos, conducen a un entrapamiento, a una circulación permanente por empleos precarios.

Las narrativas de las mujeres entrevistadas en torno al trabajo son fuertemente reveladoras del aislamiento, la subordinación y la alta vulnerabilidad que sufren las mujeres que residen en estas periferias urbanas de pobreza concentrada. Muy pocas trabajan fuera del hogar y las que lo hacen suelen hacerlo en Chimalhuacán o en las localidades cercanas del oriente, con salarios más bajos y menores oportunidades laborales que en las áreas más céntricas de la ciudad. El deseo y la necesidad de trabajar se expresan a la par del temor a “descuidar” a sus hijos en un contexto que es percibido como hostil y lleno de peligros (delincuencia, drogas, violaciones, embarazo adolescente, etc.). El trabajo fuera del hogar suele ser entendido como “abandono” de los hijos, lo que reduce aún más las “alternativas” de empleo, que se restringen a tener una “tiendita”¹¹ en su casa, la venta ambulante de comida o trabajar en una maquila domiciliaria, en alguno de los numerosos talleres textiles de la zona. Familia y trabajo se constituyen, así, para muchas mujeres pobres, en espacios incompatibles, irreconciliables.

La ausencia de centros públicos de cuidado infantil de calidad —y en muchos casos de familiares cercanos a quienes recurrir para el cuidado de sus hijos—, la reducida jornada escolar de niños y jóvenes y la inexistencia de escuelas de doble jornada, las escasas oportunidades de empleo a nivel local, junto a una marcada y extendida cultura machista que “impide” a las mujeres

¹¹ Pequeño negocio de abarrotes.

trabajar “fuera de la casa” sin el “permiso” de sus maridos, son desventajas que se conjugan y acumulan para que las mujeres asuman de manera relativamente resignada su “destino” en el hogar.

Sin duda, el aislamiento y la exclusión en estos contextos adquieren significados específicos. Ni ausencia de relaciones, en el primer caso, ni estar afuera, en el segundo. Lo que observamos en estos enclaves es el distanciamiento creciente tanto en términos físicos como sociales de lo que supone la vida “urbana” de una ciudad entendida como un espacio en donde los extraños tienen la posibilidad de conocerse, de encontrarse en su calidad de extraños, más allá de situaciones de poder (Sennett, 1978).

CONCLUSIONES

Los espacios urbanos pueden ser entendidos como el resultado de las estrategias de poder, de discursos y luchas que se transmiten de forma materializada y simbólica a la vez (Harvey, 1996). En tiempos neoliberales, que en México ya suman más de tres décadas ininterrumpidas, tanto las dinámicas del mercado como las políticas públicas han conducido a que las áreas más desfavorecidas sean pobladas por los grupos más desfavorecidos. La combinación de políticas de vivienda privatizadoras y políticas sociales productivistas, el marcado deterioro de la inserción laboral de los trabajadores menos calificados y el creciente residualismo del Estado en la provisión de bienestar, la densificación espacial de desventajas, han ido a la par de una marcada estigmatización de ciertas áreas de la ciudad y de un discurso criminalizador de la pobreza. Las políticas destinadas a los más desfavorecidos deben ser pensadas en sus dimensiones materiales y simbólico-relacionales, y como políticas de redistribución, reconocimiento y respeto capaces de combatir tanto las injusticias socioeconómicas como las simbólico-relacionales (Lister, 2004).

No es sólo una cuestión de qué tan extendida e intensa es la pobreza, sino de qué tan tolerada y aceptada socialmente es la desigualdad. El problema, por cierto, no se limita a la carencia de recursos y oportunidades, sino que involucra de manera clave a su distribución, y a los grupos que tienden a acapararlos. La pobreza en el contexto mexicano difícilmente puede entenderse si olvidamos que las últimas tres décadas se han caracterizado por la contención salarial, la pérdida dramática del poder adquisitivo, el escaso crecimiento económico, una raquítica generación de empleos —y de muy baja calidad—, servicios públicos con dramáticas deficiencias y brechas sociales que se constituyen en abismos. Estos abismos, por cierto, no son sólo de ingresos, sino de oportunidades de vida, de calidades de ciudadanía y de ciudades, de lugares y espacios, de redes y capitales.

BIBLIOGRAFÍA

- AUYERO, Javier (2001a). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- AUYERO, Javier (2001b). "Introducción". En *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, compilado por Loïc Wacquant. Buenos Aires: Manantial.
- BAYÓN, María Cristina (2009). "Oportunidades desiguales, desventajas heredadas: las dimensiones subjetivas de la privación en México". *Espiral*, 15, 44 (enero-abril): 163-198.
- BAYÓN, María Cristina (2012). "El 'lugar' de los pobres: espacio, representaciones sociales y estigmas en la ciudad de México". *Revista Mexicana de Sociología*, 74, 1 (enero-marzo): 133-166.
- BAYÓN, María Cristina (2013). "Hacia una sociología de la pobreza: la relevancia de las dimensiones culturales". *Estudios Sociológicos*, 31, 91 (enero-abril): 87-112.
- BAYÓN, María Cristina (2015) *La integración excluyente. Experiencias, discursos y representaciones de la pobreza urbana en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Bonilla Artigas Editores.
- BAYÓN, María Cristina, y Gonzalo Saraví (2013). "The cultural dimensions of urban fragmentation: Segregation, sociability and inequality in Mexico City". *Latin American Perspectives*, 40, 189 (marzo): 35-52.
- BOURDIEU, Pierre (1999). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BYNNER, John M., Peter Elias, Abigail McKnight, Huiqi Pan y Gaelle Pierre (2002). *Young People's Changing Routes to Independence*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- CHARLES, Maria (2008). "Culture and inequality. Identity, ideology and difference in 'post ascriptive Society'". *The Annals of*

- the American Academy of Political and Social Science*, 619 (septiembre): 41-58.
- CONSEJO NACIONAL DE EVALUACIÓN DE LA POLÍTICA DE DESARROLLO SOCIAL, CONEVAL (2010). “Índice de rezago social: resultados a 2005. Población total, pobreza por ingreso, indicadores, índice y grado de rezago social, por localidad” [en línea]. Disponible en: <<http://www.coneval.gob.mx/cmsconeval/rw/pages/medicion/cifras/indicederezagoes.do>> [Consulta: 11 de octubre de 2012].
- DEFNER, Veronika, y Johanna Hoerning (2011). “Fragmentation as a threat to social cohesion? Conceptual review and an empirical approach to Brazilian cities”. Documento presentado en la Conferencia Internacional RC21, sesión 15, “Trastorno urbano y cohesión social”. Ámsterdam, del 7 al 9 de julio.
- DEWILDE, Caroline (2003). “A life-course perspective on social exclusion and poverty”. *The British Journal of Sociology*, 54, 1 (marzo): 109-128.
- DUBET, François (2001). “As desigualdades multiplicadas”. *Revista Brasileira de Educação*, 17 (mayo-agosto): 5-19.
- DUBET, François (2005). *La escuela de las oportunidades. ¿Qué es una escuela justa?* Barcelona: Gedisa.
- DUBET, François, y Danilo Martuccelli (2000). *¿En qué sociedad vivimos?* Buenos Aires: Losada.
- DUHAU, Emilio (2003). “División social del espacio metropolitano y movilidad residencial”. *Papeles de Población*, 9, 36 (abril-junio): 161-210.
- DUHAU, EMILIO (2008). “División social del espacio y exclusión social”. En *Pobreza, desigualdad y exclusión en la ciudad del siglo XXI*, compilado por Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia Ziccardi, 199-211. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/Siglo XXI Editores.

- DUHAU, EMILIO, y Ángela Giglia (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco/Siglo XXI Editores.
- ESTIVILL, Jordi (2003). *Panorama de la lucha contra la exclusión social. Conceptos y estrategias*. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.
- FARIA, Vilmar E. (1995). "Social exclusion and Latin American analysis on poverty and deprivation". En *Social Exclusion: Rethoric, Reality, Responses*, compilado por Gerry Rodgers, Charles Gore, José B. Figueiredo, 117-128. Génova: International Labour Organization.
- GARCÍA, Brígida, y Orlandina de Oliveira (2006). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. México: El Colegio de México.
- HARVEY, David (1996). *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Cambridge/Oxford: Blackwell.
- HIERNAUX-NICOLÁS, Daniel (1999). "Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la ciudad de México". *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 25, 76 (diciembre): 57-78.
- HIRSCH, Donald (2007). "Experiences of poverty and educational disadvantage". En *Round-up. Reviewing the Evidence*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- HOBcraft, John (1998). "Intergenerational and life-course transmission of social exclusion: Influences of child poverty, family disruption, and contact with the police". *CASEpaper*, 15. London School of Economics-Centre for the Analysis of Social Exclusion.
- JANOSCHKA, Michael (2002). "El nuevo modelo de ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización". *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 28, 85 (diciembre): 11-29.

- JONES, Gill (2002). *The Youth Divide: Diverging Paths to Adulthood*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- LEWIS, Oscar (1970). "The culture of poverty". *Anthropological Essays*. Nueva York: Random House.
- LINK, Bruce, y Jo Phelan (2001). "Conceptualizing stigma". *Annual Review of Sociology*, 27: 363-385.
- LISTER, Ruth (2004). *Poverty*. Cambridge, Reino Unido: Polity Press.
- LUTTRELL, Wendy (1997). *Schoolsmart and Motherwise: Working-class Women's Identity and Schooling*. Nueva York: Routledge.
- MASSEY, Douglas S. (1996). "The age of extremes: Concentrated affluence and poverty in the twenty-first century". *Demography*, 33, 4 (noviembre): 395-412.
- ORGANISATION FOR ECONOMIC CO-OPERATION AND DEVELOPMENT, OECD (2004). *Mexico City*. París: Organisation for Economic Co-operation and Development.
- PEREIRA LEÃO, Geraldo Magela (2006). "Experiences of inequality: The meanings of schooling envisaged by poor youths". *Educação e Pesquisa*, 32, 1 (enero-abril): 31-48.
- PRADILLA COBOS, Emilio (2005). "Zona metropolitana del valle de México: megaciudad sin proyecto". *Ciudades*, 9: 83-104.
- PUEBLA, Claudia (2002) *Del intervencionismo estatal a las estrategias facilitadoras. Cambios en la política de vivienda en México (1972-1994)*. México: El Colegio de México.
- ROBERTS, Bryan (2004). "From marginality to social exclusion: From *Laissez Faire* to pervasive engagement", en el texto colectivo de Mercedes González de la Rocha, Janice Pearlman, Elizabeth Jelin, Helen Safa, Bryan Roberts y Peter Ward, "From the marginality in the 1960s to the 'new poverty' of today: A LARR Research Forum". *Latin American Research Review*, 39, 1: 183-203.

- ROBERTS, Bryan (2005). "Introduction: Rethinking development in Latin America". En *Rethinking Development in Latin America*, compilado por Charles H. Woods y Bryan R. Roberts, 1-23. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- RUBALCAVA, Rosa María, y Martha Schteingart (2012). *Ciudades divididas. Desigualdad y segregación social en México*. México: El Colegio de México.
- SABATINI, Francisco, Gonzalo Cáceres y Jorge Cerda (2001). "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción". *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 27, 82: 21-42.
- SARAVÍ, Gonzalo Andrés (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- SELBY, Henry, Arthur D. Murphy y Stephen A. Lorenzen (1990). *The Mexican Urban Household. Organizing for Self-Defense*. Austin: University of Texas Press.
- SEN, Amartya (2000). "Social exclusion: Concept, application, and scrutiny". *Social Development Papers*, 1. Manila: Asian Development Bank.
- SENNET, Richard (1978). *El declive del hombre público*. Madrid: Península